MILENIO

Fecha	Sección	Página
01.06.2010	Opinión	2

DÍA CON DÍA

Héctor Aguilar Camín

Actualidad de Amado Nervo

El recuerdo de la larga muerte de mi madre y de mi tía me ha hecho pasar los ojos y quedar atrapado en un texto insólito sobre la eutanasia. Lo escribió Amado Nervo hace un siglo y lo republicó la revista *Nexos* en noviembre de 1995.

Dice:

Entramos en la vida llorando, furiosos, a grito herido; se diría que el país de donde venimos es tan placentero y luminoso, que por contraste aquí sólo hay obscuridad, dolor y tristeza.

Pero, ¿por qué si entramos llorando no salimos riendo? Pues por culpa de los médicos que se complacen, basados en ultrahipotéticas esperanzas de vida, en inyectarnos aceite alcanforado, coñac, café... para prolongar atrozmente nuestra agonía, con torquemadismos espantosos...

A medida que progresa la ciencia, se prolonga la agonía, que es el momento espantoso por excelencia (cuando menos para los que asisten a él), la cima más alta del dolor y del horror humanos.

¿Quién de nosotros, a la cabeza de un moribundo, no ha querido veinte veces, sin atreverse jamás, arrojarse a sus pies para pedirle misericordia?

Nada es más fácil, al parecer, que dar el derecho de matarse a los incurables que a gritos piden la muerte. Es esto permitir una obra de misericordia, una obra pía. La idea parece, en efecto, simple y generosa. Su aplicación encuentra, sin embargo, numerosas y serias dificultades.

La Eutanasia exige tales garantías científicas y legales, es un acto de una importancia tan grande, que el aparato judicial no funcionará sino con una circunspección y una lentitud meticulosas.

El hombre no ha llegado aún a un grado de cultura suficiente para resolver tamañas dificultades; pero deseemos con toda nuestra alma, que en un día no lejano, los médicos, que tan rara vez curan, cumplan siquiera con el que debía ser su oficio por excelencia: suprimir el dolor.

Deseemos igualmente que los Gobiernos civilizados faciliten tan santa tarea, llenándola, es claro, de las garantías indispensables.

De esta manera, si la humanidad no llega a realizar la promesa de Metchnikoff, de siglo y medio de vida, cuando menos lograremos que se supriman la agonía, el horror, el gesto trágico de los últimos momentos, y podremos entrar a lo invisible con la serenidad antigua, con la majestad humana que conviene a los actos solemnes, con la placidez crepuscular de quien se duerme sin dolor en la blanda almohada del Misterio.

Nervo murió plácidamente, a resultas de una nefritis que lo fue congelando de los pies a la cabeza, permitiéndole hacer la crónica de su propio desvanecimiento en lo invisible. ■M

acamin@milenio.com

$ 19609.36
Tam: 181 cm2
OSANCHEZ

CP. 2010.06.01